

# UN CUARTO DE SIGLO DE ARTE MURCIANO

Murcia, ha sido siempre país propicio a las artes plásticas. Una notabilísima escuela de escultores y otra, no menos sorprendente, escuela de pintores, han cuajado en cada época y período, incorporando soluciones del momento y tendencias del día, pero sin dejar de lucir unos determinados rasgos comunes, unos elementos permanentes y aglutinantes que sirven, precisamente, para fijar la existencia de esas escuelas a que nos referimos.

Entre estos rasgos y elementos, que caracterizan la presencia de grupo y afinidad, figuran, primordialmente, la luminosidad, el colorido — como consecuencia inmediata de aquella — el dinamismo y hasta un arbitrario modo de concebir y realizar la obra.

No pocos, con insistencia en una afirmación, han venido sosteniendo que Murcia es barroca, quizás por que lo estático y regimentado prevé su sustitución por lo dinámico y arbitrario.

Pero Murcia es movimiento, es proceso en constante desarrollo, por que sus luces son cambiantes y diferentes en cada momento del día. De aquí la agilidad de sus artistas para poder captar, sin tesoro de la fidelidad al tema, unos y matices predominantes en el instante de concebir la obra.

Y esto es lo que influyó en Saltillo, como sigue presionando, con obstinación y tenacidad, sobre los artistas de después y de hoy. No es que Saltillo marcara para siempre un estilo y modo de hacer soluciones. Estas, de antemano, las tenía el genial imaginero, como las siguen teniendo los hombres de hoy, que se enfrentan cada día con el problema de expresar, en lenguaje artístico, su versión del paisaje o de la figura imponente.

## LA ESCULTURA A PARTIR DE 1943

En el año 1943, reciente, todavía, el final de nuestra guerra, la escultura murciana estaba representada por valores ya manifestados con antelación al conflicto.

El destrozó que la revolución rració en esa faceta del arte escultórico llamada imaginaria, inujo a los escultores de aquellos años y a los que iniciaban sus pasos por el hermoso camino del arte del modelado y de la talla, a rederezar su andadura hacia esa arcada imaginera de tan honda como noble tradición murciana.

José Sánchez Lozano, junto a Juan Lozano Roca, José Séiquer anón, Gregorio Molera, Antonio arrigós y Clemente Cantos, disusieron sus talleres para llevar a cabo la reparación y sustitución de imágenes desaparecidas durante el período revolucionario. En esta misma línea se hallaba Nicolás Martínez Ramón. En Madrid brillaba el nombre, a escala nacional, de José Planes.

Pronto surgirían los hombres de la postguerra. Y un buen día, Juan González Moreno nos sorprendería con el Santo Sepulcro de la Cofradía del Santo Entierro, como lo haría, después, con Amargura y el San Juan, de la misma Cofradía, o con el Latorio y las Hijas de Jerusalén, de la Cofradía de la Sangre.

En este mismo campo, y dentro de los nuevos derroteros, aparecería en el mundo de la escultura el nombre de Francisco Todo Sánchez, con su Verónica de Cofradía del Perdón; como, también, El Resucitado, de Plasencia.

Pero el tiempo seguía su marcha y la escultura religiosa iba entrando en una fase de saturación. Además, los escultores de la leiva época pusieron, pronto, de anifiesto sus inquietudes por incorporar fórmulas y tendencias más allá de la frontera. La escultura iba a derivar hacia caminos clásicos en cuanto el tema, pero actualizados con soluciones modernas.

Esto fue el incentivo y aliciente que movilizó nuevos valores. Y estos nombres se irían sumando: los de José Carrilero, Pepe Moa, José Moreno Cascales, Juan ez, los dos hijos de Lozano Roca—Pepe y Sergio—, Planes hijo, García Mengual y, posteriormente, Pepe Cano, José Toledo, ledo Torrecillas, Elisa Séiquer anzález Marco y Anastasio Martínez. Todos ellos constituyen la vanguardia de esta escuela murciana de escultura, con rasgos rsonales bien definidos, pero n un denominador común, haado, sin duda alguna, en esos rmanentes elementos de que blábamos al principio de este mentario.

## LA PINTURA, A PARTIR DE 1943

No le cupo, a la pintura, la misma suerte que a la escultura, que el interrogno que la guerra supuso para el arte de la bía y del pincel, no había de llar solución de continuidad en plástica pictórica.

De aquí, pues, que la pintura, los años que siguieron a la guerra, viviese de los mismos

moldes y canones que la habían venido informando con antelación a aquella.

Los nombres que brillaban en el firmamento de nuestros artistas del pincel eran los de Joaquín, Pedro Flores, Guis Garay, José Atiénzar, en sus postrimerías, Sánchez Picazo, Julián Alcaraz, Angel Tomas y otros de mercedida fama como Bonafé, pulcro y en posesión de muy correctas soluciones.

Joaquín había logrado un estilo peculiar, que le situaba en línea avanzada por sus soluciones colorísticas, siempre actuales. Pedro Flores tomaba el camino de Francia, en donde incorporaría a su paleta, rica en materia y luminosidad, los tonos influyentes en la cromática parisina. Sánchez Picazo tenía bien ganado el título de pintor de las flores, como Julian Alcaraz dedicaba, con éxito, su pincel a recoger los aspectos más variados de la fiesta nacional, pero en especial el elemento más importante de la misma, como es el toro. Luis Garay seguía siendo el paisajista interesante y sincero.

Vinieron después nuevas generaciones, entre las cuales Gómez Cano, Mariano Ballester, Sánchez Molina— tres tendencias distin-

tas— Rosique Gaya, el de las tierras secas, Reyes, Valverde, Hernández Carpe, que alternaría el caballete con el mosaico y la artística cristalería, Fargas, Eloy, Rafael Marquez, Medina Bardón, rico colorista, Muñoz Barberán, acuarelista excepcional, como Ruiz García Trejo, y en esta misma técnica de la acuarela Saura Pacheco y después su hijo, Saura Mira, Jara, Borreguero, Lorente, Aurelio Pérez y otros muchos que se inician en la bella y delicada técnica de la acuarela.

Capítulo aparte, por su estilo purísimo y dominio de la forma y del color, merecen los nombres de Caros y José Valenciano, como también merecen ser citados jóvenes valores como Pina, Cefirino, Párraga, Serna, Borja y la joven escuela de Cieza, con los Avellaneda, Lucas, Toledo, etc.

No quisiéramos omitir nombres de esta generación de pintores murcianos, que en estos días de 1968 representan en Murcia las tendencias de la hora, con una sana inquietud y con el indudable acierto de saber estar en la línea de su época. César Arias, los hermanos Pastor, Cúnovas, etc., constituyen esta avanzadilla que busca y logra nuevos efectos por los caminos de lo figurativo o del abstracto que ensaya com-

binaciones de color y abre caminos insospechados a la hora de manejar acuél.

Un resumen breve, sin carácter otro que no sea ofrecer una muestra de lo que han sido estos veinticinco años de HOJA DEL LUNES en su contacto obligado con el mundo del arte.

Por esto, habrán omisiones involuntarias de algunos nombres más, que forman, con todo rango y honor, en la lista abundante y abundosa de estos hombres nacidos en Murcia y dedicados a buscar en su luz, en su cielo, en su aire fino, en su sol brillante, en su jugosa vegetación, en la cercanía del mar, en la meseta, en el campo y en las tierras secas y agrietadas por la sed, toda una larga teoría de soluciones al problema, vivo y permanente, del arte, de la expresión plástica y de la noble forma de decir lo que ven y entienden de este paisaje bello y asombroso que nos muestra Murcia a cada paso, en cada vuelta del camino, en cada rincón, en cada esquina.

Haber profundizado más, o haber dado la necesaria extensión a los comentarios y al es-

tudio de la personalidad artística de cada uno de los nombres y hombres, hubiera dado material para un libro.

Y no es esa la finalidad de este trabajo, ni el espacio lo permite. Quede, pues, claro el móvil que nos ha impulsado a dedicar estas cuartillas a un tema, tan sugestivo como amplio, cual es el de la pintura y escultura en Murcia, en un período tan suficientemente largo, como es el de veinticinco años.

Los mismos que lleva esta publicación dedicando siempre un espacio al arte y a los artistas de esta tierra, generosa en demasía, a la hora de producir hombres con sensibilidad para dar con el quid de la cuestión.

Murcia —y decimos Murcia sin encerrarnos en el casco urbano— nos pone siempre en trance de concebir y sentir la belleza de su ambiente.

Lo importante es saberla expresar, para transmitir a los demás esas sensaciones y emociones estéticas, que encierra siempre la obra de arte.

CARLOS VALCARCEL

## TRIPTICO MURCIANO

Por LEOPOLDO AYUSO

I

La Huerta

Manto de Emperatriz, hecho en Oriente y tendido a los pies de una Sultana, rebrillando a la luz de un sol ardiente, evoca la feraz Huerta murciana.

Ciencia y primor de herencia musulmana, riega su entraña jubilosamente: y en un Abril eterno se engalana con palpar de vida floreciente...

Bajo el halago bienhechor del Cielo La Huerta es una madre fuerte y buena que anima y premia el laborioso anhelo. Y sabe guardar para el huertano, paz de una vida de fragancias llena y oros de ensueños transformado en grano!

II

La Torre

Permitid al cantor que ama, encendido de sacrosanta Fe, la maravilla de su Torre gentil, que la rodilla y el alma incline, a su esplendor rendido.

Y no esperéis en mi cantar, tejido con hebras de oro de emoción sencilla, trova de luz... Si mi canción no brilla tendrá temblor de corazón herido...

Mas ¿qué decir para exaltar la historia de una Torre que al sol deslumbra en gloria y que es de Murcia la ilusión? Prefiero enmudecer, absorto en su hermosura, y evocar, como un himno, la ternura del amor a su Torre, de Boquero.

III

El Rio

Embrujado reptil de piel de plata que, desde Andalucía al mar latino, en caprichosos giros se desata entre el verdor risueño del camino...

Cuerpo de luz de arroyo cristalino, hijo de alucinante catarata, que al cruzar por el valle levantino va inundando de amor cuanto retrata.

Rio Segura, acariciante y quieto como la sinfonia de un soneto; bravo y cantor, cuando el azud lo altera.

Y rico en el temblor de sus cristales al reflejar los aureos naranjales que enjoyan el tapiz de su ribera...

## CON PRISMA RETROSPECTIVO

A Leopoldo Ayuso, Nicolás Ortega y Jesús Frutos, compañeros de antaño quinta en la también "fiel infantería" que hace un cuarto de siglo lanzó nuestra querida HOJA a la ardua batalla de la semanal información.

Era costumbre en mis primeros escarceos de formación periodística —luego años ha—, iniciar determinados trabajos literarios con dedicatorias dirigidas a personas a quienes se distinguía con muy alta estimación. Aunque desaparecieron tan entrañables "envíos" de las columnas de todos los periódicos, he querido revivir una de ellas hoy, con singular complacencia, aprovechando la coyuntura que para la "reincidencia" me brinda la conmemoración de un acontecimiento local que no podía pasar inadvertido: los cin-

co lustros de existencia que cumple HOJA DEL LUNES. Al recordarlo, quiero rendir simultáneamente mi modesto pero muy sincero tributo de admiración y reconocimiento a la gran labor de tres auténticos valores del periodismo murciano, que saben muy bien de horas amargas, de desasosiegos, pero también de íntimas satisfacciones experimentadas a lo largo y ancho de incontables jornadas al servicio de las patrias chica y grande, sin que jamás hayan hecho de la noble profesión escabel de medro personal.

A mi leal saber y entender, poseo un mérito incommensurable el hecho de que un grupo de animosos e ilusionados hombres realizase, en difícil prueba, una tarea colosal, absolutamente desinteresada, con la loable finalidad de dotar a Murcia de un órgano informativo y literario que fuese portavoz de la más sana opinión; que luchase permanentemente por el progreso y bienestar de la ciudad con semanal periodicidad, en la misma forma que lo hace la prensa cotidiana. Ese equipo de hombres estaba integrado por Nicolás Ortega, Leopoldo Ayuso, Jesús Frutos y otras personas de acreditada competencia, que no quiero dejar de citar también porque se hallaban en la misma línea de actividad de cuantos incluía el conjunto. Allí estaban con nosotros, cada uno con su específica función, Isidoro Martín, su primer director, hombre sencillo, de gnosis superdemostrada como catedrático y como periodista; José Baró Botella, que se nos fue para la eternidad en lo mejor de su vida, y que, prescindiendo de consideraciones que no vienen al caso, nadie podía negarle su sólida preparación. Y, finalmente, Paco García Baró, alejado de la diaria lucha de la redacción o la platina por una infundada incompreensión que no alcanzó a descubrir en él las cualidades que le distinguían, entre las que descoló como competente crítico musical en el diario al que prestaba sus servicios. Junto a ellos, aquel magnífico administrador, también desaparecido, del que guardamos imborrable memoria: Eduardo Carbonell Avilés, hombre de ilimitada bondad y de virtudes realmente poco comunes.

Han transcurrido veinticinco años, lapso de tiempo que si en la historia de la Humanidad nada supone, tiene una significación afectiva muy profunda para quienes vivimos en verdadera hermandad aquellas singladuras, con las que se ha podido arribar al buen puerto de hoy. Aquí está la HOJA, con su

(Continúa en pág. 18)

OPTICAS

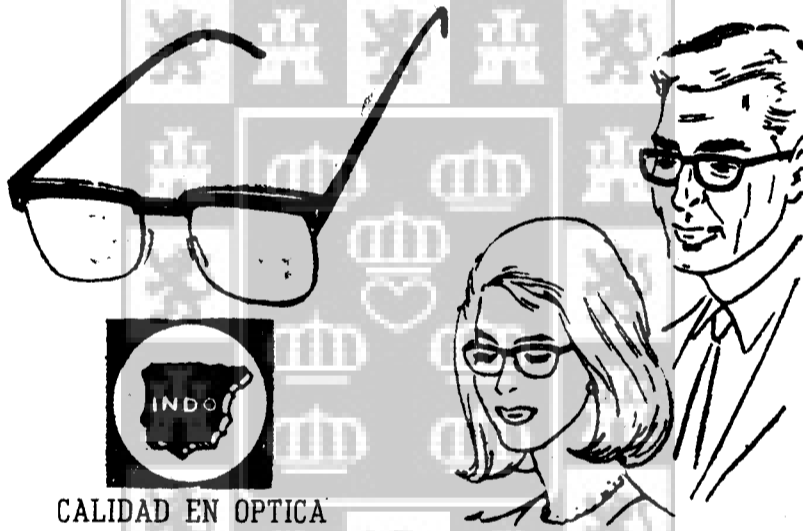
# BELO - LUX

Platería, 4

MURCIA

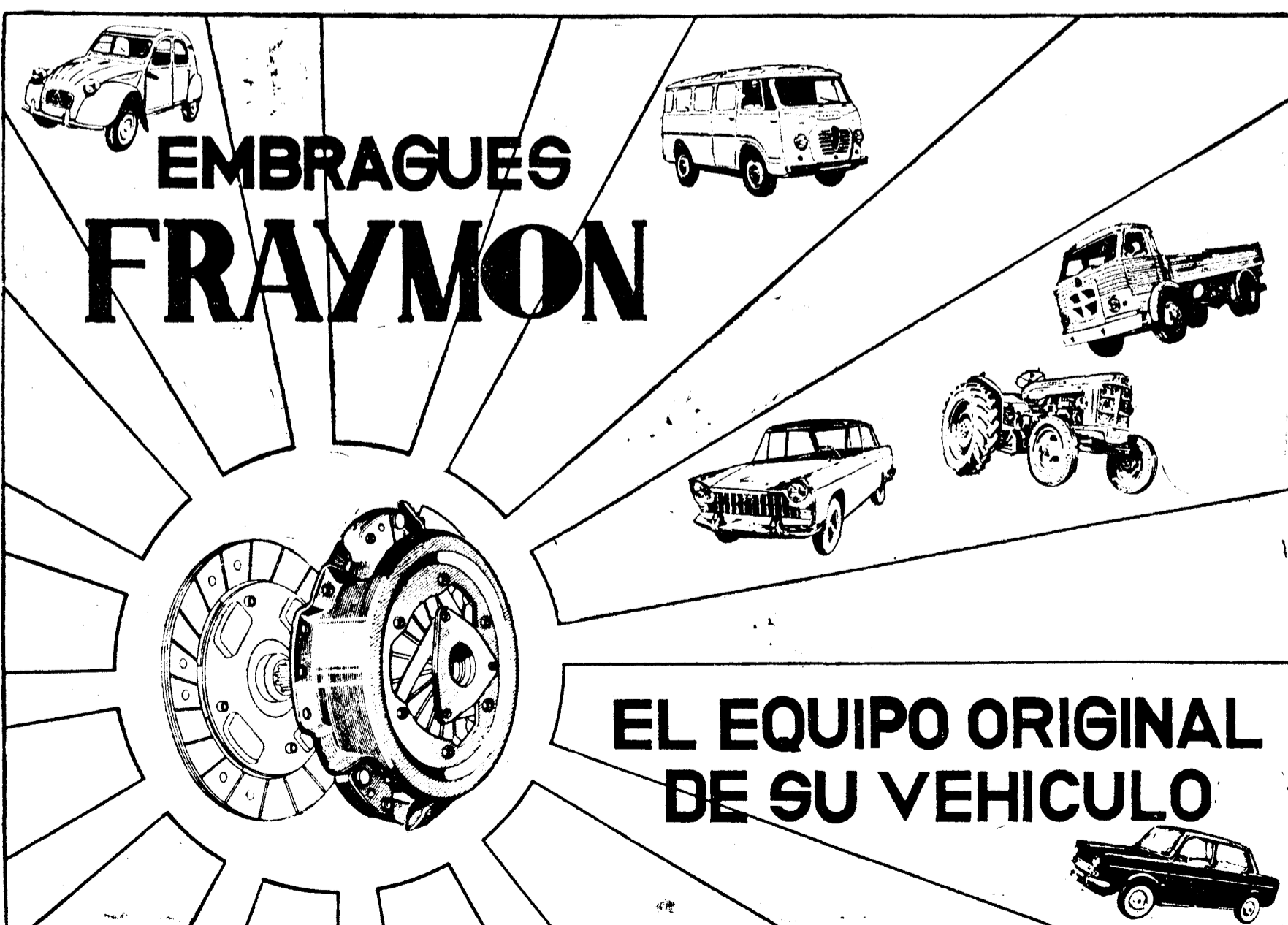
Trapería, 3

Un descanso  
Para sus ojos  
usando  
cristales  
filtrantes



## EMBRAGUES FRAYMON

## EL EQUIPO ORIGINAL DE SU VEHICULO



## LA PINTURA, A PARTIR DE 1943

No le cupo, a la pintura, la misma suerte que a la escultura, que el interrogno que la guerra supuso para el arte de la bía y del pincel, no había de llar solución de continuidad en plástica pictórica.

De aquí, pues, que la pintura, los años que siguieron a la guerra, viviese de los mismos